

## 5° Capítulo del Abad General M-G. Lepori OCist para el CFM – 29.08.2014

"¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!" (Ct 1,15; cfr. 4,1; 6,4; 7,7). Decía ayer que la mirada de Jesús confiere a la persona su belleza real, la realidad de la belleza, que no es nunca un ser bello en sí mismo, sino un ser invitado por un deseo de relación, de comunión, de amistad.

Es la belleza que ha descubierto también aquel día la Samaritana, quizá una de las mujeres más maltratada de la Biblia, maldita cinco veces, repudiada cinco veces por sus maridos. ¡Qué ínfimo sentimiento de sí misma debía tener dentro esta mujer! Sentirse siempre rechazada, echada fuera, no solo por los hombres, sino también por la sociedad, tanto es así que va al pozo cuando no va nadie, cuando no se arriesga a encontrarse con ninguno, a mediodía, bajo el sol abrasador. También ella, una mísera paloma denegrida y escondida. Y Jesús que está allí para ella, que es como si la hubiese buscado desde siempre, para hablar con ella, para decirle las cosas más profundas que lleva en el corazón, que no ha dicho hasta ahora ni siquiera a sus discípulos: "Si conocieras el don de Dios y a quien te dice: «¡Dame de beber!», tú le pedirías a él y él te daría agua viva. (...) Quien beba del agua que yo le daré, no tendrá nunca más sed. El agua que yo le daré se convertirá en él en fuente de agua que salta hasta la vida eterna. (...) Llega la hora – y ya está aquí – en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y verdad: en efecto, así quiere el Padre ser adorado. Dios es espíritu, y los que lo adoran deben hacerlo en espíritu y verdad" (Jn 4,10-24). Para terminar con la revelación clave de todo misterio: El Mesías "Soy yo, el que habla contigo" (Jn 4,26).

Porque, en el fondo, cuando Cristo nos habla de nuestra relación con Él es cuando nos revela nuestra belleza real. Ha venido, es el Mesías, para esto, para llamarnos a la comunión con Él. Es el Verbo de Dios, en el que todo consiste, que viene a hablarnos, personalmente, incondicionalmente. "Soy yo, el que habla contigo". Este es el Cristo al que estamos llamados a redescubrir en la dimensión mística de la vida cristiana. Estamos invitados a encontrar a Aquél que nos busca, que ya está aquí para hablarnos, que nos precede incluso allí donde vamos para escondernos, para no ser encontrados, y para alcanzar con la escasa medida de nuestra jarra el agua nunca suficiente, que nunca apaga la sed, con la que pensamos apagar la sed con el último "marido" que pensamos tener, que nos avergonzamos de tener. La Samaritana no osa ya tener un marido, y probablemente ninguno la quiere como mujer, y he aquí que se debe dar cuenta que su vida a la desbandada la ha conducido al encuentro con el Esposo infinitamente amante de cada alma. Si no hubiera sido la mujer que era, no habría acudido a aquella hora, a escondidas. Pero el milagro es que la hora de nuestra miseria es también la hora de la Misericordia; que precisamente la hora de nuestra miseria, y no otra hora, una hora digna, una hora de dignidad, es la que coincide con la hora de la Misericordia. La hora de la vergüenza se convierte en la hora de la dignidad; la hora en la que la Samaritana va a consumir bajo el sol los últimos reflejos de su belleza, como la esposa del Cántico – "No os fijéis en mi tez morena, porque el sol me ha bronceado" (Ct 1,6) –,

se convierte en la hora en la que descubre qué hermosa es a los ojos de Cristo, tanto que ya no piensa en esconderse y va a despertar a todo el país durante la siesta para conducir a todos hasta el Mesías.

Esta mujer, a menudo no lo pensamos, no solo recupera con Cristo su belleza de esposa, sino también su fecundidad de madre. En el fondo, engendra a toda su gente en la relación con Jesús que le ha renovado y salvado a ella. "Todavía creyeron muchos más por su predicación, y decían a la mujer: «Ya no creemos por lo que tú dices; nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo»" (Jn 4,41-42).

"Nosotros mismos lo hemos oído": para cada uno de ellos, Jesús se ha convertido en el Mesías y Salvador que dice "Soy yo, el que habla contigo". En este sentido, la Samaritana les ha engendrado, les ha conducido a la vida de relación con Cristo. Pero porque se ha dejado ella la primera, a pesar de todo, alcanzar por su mirada y su palabra, por Él que buscaba su rostro y su voz, y en ellos buscaba la belleza, esa que nace y renace en el encuentro con Él, en el mirarse en Él, en el dialogar con Él.

La experiencia mística del encuentro con Jesús, si es verdadera, tiene siempre una fecundidad misionera.

Lo subraya mucho también el Papa Francisco en la *Evangelii gaudium*, especialmente en el párrafo que os he citado el segundo día: "¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! (...) Para eso urge recobrar un espíritu *contemplativo*, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás" (§ 264).

No debemos olvidar la obra misionera y evangelizadora de la Samaritana, o de María Magdalena, porque nos ayuda a entender que una misión, un ministerio, debe siempre partir de un encuentro esponsal con Cristo.

Con respecto a esto es extraordinario un pensamiento de san Agustín en su *Sermón sobre los pastores*: "Esta es la razón por la que quiso que también Pedro, a quien encomendó sus propias ovejas como a un semejante, fuera una sola cosa con él: así pudo entregarle el cuidado de su propio rebaño, siendo Cristo la cabeza y Pedro como el símbolo de la Iglesia que es su cuerpo; de esta manera, fueron dos en una sola carne, a semejanza de lo que son el esposo y la esposa.

Así, pues, para poder encomendar a Pedro sus ovejas, sin que con ello pareciera que las ovejas quedaban encomendadas a otro pastor distinto de sí mismo, el Señor le pregunta: «Pedro, ¿me amas?» El respondió: «Te amo». Y le dice por segunda vez: «¿Me amas?» Y respondió: «Te amo». Y le pregunta aún por tercera vez: «¿Me amas?» Y respondió: «Te amo» (cfr. Jn 21,15-17). Quería fortalecer el amor para reforzar así la unidad. De este modo, el que es único apacienta a través de muchos, y los que son muchos apacientan formando parte del que es único" (46,29-30).

El diálogo del Resucitado con Pedro a la orilla del lago Tiberíades del capítulo 21 de Juan, lo he percibido siempre un poco como el Cantar de los cantares de Pedro, allí donde Pedro es llamado a fundar toda la fecundidad de su ministerio, y el de todos los pastores de la Iglesia, en la comunión de amor con Cristo, la comunión que Cristo estrecha con la esposa infiel, negadora, que no puede ser ya hermosas más que con la mirada del Esposo que la bendice.

Lo importante es permanecer vigilantes con la conciencia de que cuando nos escondemos, detrás de los árboles o en las hendiduras rocosas de cualquier clase, es esto de lo que nos privamos, es a esta experiencia a la que renunciamos. No tanto por infidelidad al Esposo, sino diría más bien por negligencia a la dimensión sponsal de toda vocación cristiana. Es como si el escondite extremo, la fisura rocosa más extrema, de la que es costoso hacer salir a la paloma, sea la de preferir ser siervos y esclavos del Esposo en lugar de "esposas amadas y bendecidas". Hay como una crisis de mística en el corazón de las vocaciones cristianas. Una crisis en el centro de la experiencia que Cristo nos ofrece de sí mismo, de la experiencia que Él mendiga poder vivir con nosotros, por la que nos busca y nos llama. Crisis de la amistad con Cristo Esposo del alma – expresión que ya nos suena anticuada y kitsch, del siglo XIX –, negligencia del centro de la experiencia cristiana que es un Corazón a corazón con Él. ¡Cuántas cosas en nuestra vida consagrada las hacemos más como siervos que como amigos de Cristo y, por lo tanto, con poca pasión, con poca alegría!